

<https://doi.org/10.55422/bbmp.444>

Palacio Valdés. Un clásico olvidado 1853-2003. Edición de Elena Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar. Laviana, Excelentísimo Ayuntamiento de Laviana, 2005, 403 págs.

La feliz iniciativa del Ayuntamiento de Laviana de conmemorar con un Congreso internacional los 150 años del nacimiento de Palacio Valdés y el centenario de la publicación de *La aldea perdida* ha puesto en marcha un ambicioso proyecto encaminado a recuperar el prestigio de su hijo más ilustre, «clásico olvidado» hoy día, salvo para un reducido círculo de especialistas y lectores amantes de una obra que tantos éxitos cosechó en su tiempo dentro y fuera de nuestras fronteras. Este Primer Congreso tuvo lugar en el *Centro de Interpretación Armando Palacio Valdés*, en el pueblo de Entralgo, Laviana, los días 24, 25 y 26 de septiembre de 2003. A partir de entonces, los objetivos que se marcaron sus promotores van cumpliéndose con éxito, pues acaba de celebrarse este año de 2007 la tercera Convocatoria, con gran concurrencia de participantes y público. Pronto, si se sigue este ritmo de trabajo, ya no habrá que calificar al escritor lavianés de «un clásico olvidado».

Los trabajos que figuran en el presente volumen abordan la vida y obra de don Armando desde diversos ángulos, un asedio fructífero por cuanto discierne valores narrativos, despeja interrogantes, anota influencias y alcances literarios, resalta contenidos de especial interés o bien señala las marcas ideológicas que los presiden. La copiosa y regular producción novelística del autor facilita, sin duda, una aproximación a él por distintas vías.

La novela que lleva camino de ocupar un lugar privilegiado es *La aldea perdida*, objeto de tres trabajos, aunque otros más acuden también a ella en menor medida. Ramón D'Andrés aborda la asturianidad de la obra, hecha patente mediante la exhibición de elementos lingüísticos y culturales propios de la tierra natal de su autor, exhibición que no deja de ser contradictoria con la pulsión castellanizadora del novelista. El estudio da cuenta de los ingredientes lingüísticos asturianos que afloran por todo el texto, además de anotar las alusiones metaculturales en la manera de hablar, en el contraste entre ciudad y campo, en los hábitos gastronómicos y en las celebraciones festivas. Resulta de ello es un rico registro, del que se ofrece listado onomástico, toponímico y gramatical que, desprovisto de las influencias y confluencias sustratísticas del asturiano de base, remite a un modelo sentido como «elegante» e incluso afectado por parte del hablante medio de Asturias.

Etelvino González López resalta el fenómeno del cambio de mentalidad, de actitudes y de creencias que refleja *La aldea perdida*, encaminado a la apostasía de las masas. El crítico contrasta esa visión valdesiana con el análisis que treinta años después hizo otro lavianés, el sociólogo Maximiliano Arboleya, espectador, al igual que el novelista, del proceso de industrialización causante de las alteraciones en el orden religioso.

Leonardo Romero Tobar se ocupa también de la misma creación y la sitúa en la trayectoria de la novela moderna, la que va de la novela realista a la novela intelectual, dentro del contexto de la narrativa española y europea contemporáneas. No es indiferente, a su entender, que su composición y publicación coincidan con la aparición del modernismo y noventayochismo. Los cambios estilísticos de la nueva literatura se pueden apreciar en el texto valdesiano, lo mismo que los signos de modernización artística con la fusión de discurso novelesco y la mitología clásica, presente ésta en la pintura simbolista. Asimismo, se funden en la obra los modelos de la novela realista y el discurso lírico, anunciado ya en el subtítulo de «Poema de costumbres campesinas», una poeticidad que reside en la visión

idílica de un espacio arcádico a punto de ser destruido, como todo lector bien sabe, pero que Romero Tobar nos descubre en las marcas microtextuales de orden lingüístico propias de la lírica modernista.

Otros dos títulos más de la producción del novelista asturiano, menos frecuentados por la crítica, atraen el interés de sendos congresistas. Pilar Criado Toril estudia la *Estética del carácter*, artículo aparecido en *La España Moderna* el año 1890. Destaca la importancia que tiene en el seguimiento de la trayectoria literaria del escritor y para el entendimiento de su teoría narrativa, más conocida por los prólogos de algunas de sus novelas. El artículo, tal como lo desglosa la especialista, lleva a cabo un examen sobre el individuo y la formación del carácter de este, desde unos presupuestos que parten de la filosofía hegeliana así como del panteísmo e idealismo. El ideario estético del autor pone además al descubierto sus afinidades y diferencias con la escuela naturalista, vislumbrando al tiempo el cambio que está empezando a producirse al final de siglo hacia un tipo de literatura más intimista.

El *Album de un viejo*, obra póstuma del escritor, pues se publicó en 1940, es objeto de un estudio por parte de José María Martínez Cachero. Los 49 trabajos que contiene esta miscelánea, entre ensayos y artículos, conservan un valor memorialístico; no en vano el volumen lleva por subtítulo «segunda parte de *La novela de un novelista*». El ilustre profesor presenta una clasificación en seis grupos temáticos: morales, filosóficos, religiosos, costumbristas, literarios y mixtos, y de cada uno de ellos elabora un excelente resumen, destacando los valores que animan la prosa de estas pequeñas piezas, que se distinguen por su sencillez, claridad y brevedad. Un lote variado y copioso, regido en su conjunto, a entender del crítico, por el humor y la bonhomía desde un ideario conservador que se sitúa en un término medio entre la modernidad y la antigüedad, junto a un humanismo cristiano.

Otra serie de comunicaciones y ponencias se exhiba por diversos temas y categorías narrativas de la producción valdesiana. Begoña Cambolor Pandiella se centra, por ejemplo, en la domesticidad, idealización y masculinidad de las mujeres en tres novelas suyas: *Marta y María*, *La hermana San Sulpicio* y *La aldea perdida*. Si bien responden al arquetipo idealizado de ángeles del hogar, candorosas e inocentes, un análisis más a fondo muestra la independencia de algunos rasgos de sus caracteres, alejándose del canon y superando el rol preconcebido. Frente a la extremada belleza física de Flora y Demetria en *La aldea perdida*, en las otras dos obras predomina una belleza interior, que se revela a través del proceso narrativo. La autora del trabajo lo ilustra con las citas pertinentes. Algunos de los comportamientos se acercan incluso a los roles masculinos, muy lejos del ideal esperado, como en el caso de Gloria en *La hermana San Sulpicio*, cuya rebeldía justifica su abandono del convento, o de María, en *Marta y María*, la única mujer, en toda la producción novelística del escritor, que decide meterse en política, aun a costa de sufrir cierta marginación social y familiar. En conclusión, estas pequeñas rupturas de las expectativas esperadas dotan a estas figuras femeninas de cierta modernidad.

José Luis Campal Fernández desmonta el infundio de las contadas estancias de Palacio Valdés en su concejo natal de Entralgo, tomando nota de un buen número de visitas más o menos prolongadas, según se desprende de su epistolario, de algún artículo, de su libro memorialístico *La novela de un novelista*, de noticias periodísticas y de aportaciones de sus biógrafos. El conjunto de tales testimonios evidencian la adhesión sentimental del novelista hacia su terruño natal, corroborada por el hecho de ambientar en él cuatro de sus novelas (*El señorito Octavio*, *El idilio de un enfermo*, *La aldea perdida* y *Sinfonía pastoral*). El especialista las

analiza a la luz de tal premisa y repara en la sacralización y funcionalidad de los paisajes. Junto a estas obras mayores, dan constancia de ello también dos relatos cortos: *El potro del señor cura* (1884) y *Solo* (1899), este último muy próximo a *La aldea perdida*. El trabajo cala en el amplio repertorio toponímico del ciclo novelístico asturiano, así como en los pasajes más relevantes de sus estampas locales, con componentes perfectamente identificables. A modo de apéndice, José Luis Campal enumera un total de 15 estancias de don Armando en el concejo lavianés entre los años 1869 y 1927, acompañándolas de la documentación pertinente.

La aportación de Palacio Valdés a la literatura minera es el tema escogido por Benigno Delmiro Coto. En *La espuma* (1890) ya se anticipan los motivos principales, presentes con mayor amplitud en obras posteriores: hambre, enfermedades, explotación de la infancia, imágenes del interior de la mina y cualidades arquetípicas del minero. La novela por excelencia donde el tema adquiere una completa dimensión es *La aldea perdida*, con la confrontación de los dos mundos, el arcádico, preindustrial, y el minero, del progreso. El novelista asume una postura clara a favor del idílico, cuya destrucción final, con tonos trágicos, representa la pérdida irremisible de un paraíso perdido. En una tercera obra, *Santa Rogelia* (1926), el escritor vuelve a trazar esa imagen negativa de la minería, a través del personaje Máximo, de perfil similar al Plutón de la novela anterior, pero en este caso, como bien observa el crítico, Rogelia consigue salir airosa de este infierno y determinismo social. El trabajo se pregunta por las omisiones intencionadas, como el hecho de que no se describa el mundo subterráneo por dentro, ni se hable apenas de las condiciones de trabajo. En definitiva, alternan para el articulista dos visiones estereotipadas y en cierto modo opuestas: una más amable en *La espuma*, y otra, bastante negativa, en las dos novelas posteriores.

En el orden de los espacios narrativos del universo ficcional de Palacio Valdés, la naturaleza cobra un protagonismo indiscutible. Sobre este punto se centra el estudio de Alberto J. Rodríguez-Felgueroso, quien, desde su condición de geógrafo, aplica el método de «la geografía de la percepción y del comportamiento», que reivindica el plano subjetivo de la realidad espacial. Un repaso rápido por las obras asturianas del escritor lavianés le lleva a la conclusión de que éste se erige en notario de las gentes y entorno de su lugar natal, constatando unos modos de vida, costumbres y tradiciones, todos ellos ligados al medio rural y a la sucesión temporal de las estaciones.

Leopoldo Sánchez Torre aborda una cuestión muy específica dentro de la narrativa valdesiana: la figura del poeta en relación con la representación de las lecturas públicas. El mundo del libro se extiende por la obra entera del novelista, asociado a los hábitos y caracteres de los personajes. Dentro del amplio muestrario que se podría manejar, el articulista selecciona lo correspondiente a las lecturas públicas. En buena medida se trata de textos poéticos protagonizados por poetas. Los ingredientes que entran en juego en estos escenarios de lectura, desde el rapsoda al auditorio, el mismo texto recitado y algunos otros más, son dignos de interés por el tratamiento que les concede el autor, las más de las veces irónico o cómico. De los ejemplos analizados se desprende, por un lado, el importante papel que la literatura desempeñaba en muchos espacios de ocio y sociabilidad decimonónicos, y por otro, la invitación a los lectores para que ejerciten un pensamiento crítico.

Un apartado muy descuidado en la producción valdesiana es el de su narrativa corta. De ella se ocupa Elena de Lorenzo Álvarez, quien empieza documentando la amplia

recepción que tuvo en su tiempo, dentro y fuera de España. El *corpus* revela una trayectoria ligada a los modos naturalistas (*Crotalus horridus*, al que presta debida atención), y a un costumbrismo sazonado de crítica y sátira sobre la vida madrileña en los bocetos de *Agua fuertes*, más los dos cuadros sobre las públicas ejecuciones de reos en la misma compilación, donde cobra especial interés una angustiosa realidad decimonónica de crímenes pasionales y terrorismo anarquista.

La gran especialista sobre el novelista asturiano, Guadalupe Gómez-Ferrer, aborda, desde su condición de historiadora, parte de esta obra en el contexto social de su tiempo. Tras delimitar el concepto de civilización, aplica algunas de sus categorías o índices al nivel de civilización de la sociedad de la Restauración. Admitiendo, tal como lo practica la historiografía actual, el valor de la fuente literaria como fuente histórica, y tras diseñar el perfil ideológico de don Armando, con la influencia que ejercieron en él la doctrina krausista y el positivismo, la profesora Gómez-Ferrer revisa los temas más relevantes del discurso valdesiano: el político, presente en cuatro novelas, con pruebas manifiestas en contra del régimen canovista; el religioso, subyacente en toda su obra, siguiendo un recorrido que discurre entre la religiosidad interior y el encuentro de un Dios personal y más cristocéntrico; la dialéctica entre ciencia y fe; más la problemática social, en torno al mundo obrero, amenazante, y al mundo campesino. Un último tema que pone de relieve este amplio trabajo concierne al papel de la mujer doméstica en el ideario del autor.

Sobre las relaciones entre literatura y cine la obra del escritor asturiano aporta ricos materiales para la semiología. Ismael Piñera Tarque aboga por la vía metodológica de la *transducción*, o sea, «transmitir un mensaje por medio de su transformación». Reflexiona sobre cómo el discurso lingüístico, en el caso de Palacio Valdés, se constituye en el soporte del cinematográfico, dando lugar a un flujo intertextual progresivo dentro del marco temporal comprendido entre 1898 y 1936. Las opiniones del novelista sobre el séptimo arte expuestas en el epistolario, los beneficios económicos que le reportaba y otros testimonios documentan la recíproca instrumentalización de las dos artes. El articulista lo ejemplifica con el estudio de *La hermana San Sulpicio*, la novela, frente a sus adaptaciones cinematográficas.

Finalmente, tres trabajos más contribuyen con su documentación a enriquecer el conocimiento del escritor asturiano en otras esferas complementarias a las de su labor novelística. El prestigioso hispanista Yvan Lissorgues estudia las relaciones y jerarquías literarias de Clarín y don Armando, deducibles de las valoraciones críticas de Alas con respecto a las obras de su amigo, regidas por un deseo de imparcialidad, lo cual le obliga, por un lado, a no extremar los méritos literarios, y por otro, a salir en defensa suya contra las descalificaciones de ciertos revisteros. Los juicios del autor de *La Regenta* afectan a las novelas publicadas entre 1881 y 1887, por lo que el estudioso se pregunta a qué se debe su silencio sobre obras posteriores, a excepción la encendida defensa que hace de *La Fe* y del entusiasmo que le suscita *La alegría del capitán Ribot*, última obra que Clarín alcanzó a leer.

Álvaro Ruiz de la Peña, editor de estas Actas, analiza las colaboraciones de don Armando en la *Revista de Asturias*. Previamente proporciona una información sobre los orígenes, ideario y colaboradores de esta publicación periódica. La participación del escritor de Entralgo se inicia en 1878, ocupándose de una sección en la que pulsa el latido social y cultural de la capital madrileña, donde residía. Su mirada, como bien argumenta Ruiz de la Peña, será más intelectual que afectiva, más crítica que superficial y ligera. Dentro de este

campo adquieren especial interés sus comentarios sobre la literatura del momento, hacia la que muestra una actitud hostil. El estudioso destaca dentro del repertorio de textos el titulado «Cualidades de la crítica», por el retrato que en él se diseña del crítico ideal.

Francisco Trinidad, uno de los mayores valedores del novelista, presenta, por último, un trabajo sobre el epistolario de Palacio Valdés. En él se recoge toda la información bibliográfica existente hasta el momento: los fragmentos que publicó su biógrafo Ángel Cruz Rueda en 1938; las 25 cartas dirigidas a Clarín entre 1883 y 1900; otras 7 que envió al fundador del periódico *La Voz de Avilés* entre 1920 y 1924, y que, por ser prácticamente desconocidas, Francisco Trinidad las reedita en un Apéndice; las publicadas por *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* de 1953; 15 más escritas entre 1893 y 1899, dirigidas a Juan Ochoa; 2 sueltas que se conservan en el archivo de Menéndez Pelayo; varios fragmentos y cuatro enteras que reproduce Camille Pitollé; otras tres dirigidas a Unamuno; 16 cartas a Galdós, compuestas entre 1878 y 1906; 50 más que envía a al emigrante asturiano en Nueva York José Manuel Bada, uno de los repertorios más interesantes de todo el *corpus*; las 20 cursadas al crítico catalán José Ixart, entre 1883 y 1891; otras 10 que ha rescatado el hispanista Brian J. Dendle, en torno a la traducción y edición de *La espuma*; más una pequeña correspondencia de don Armando Enriqueta G. Infanzón, *Eugenia Astur*, y algunas otras sueltas dirigidas a distintos destinatarios, que se citan en libros, estudios o artículos varios. Hay que agradecer, en suma, la labor meritoria de este exhaustivo recuento, de consulta obligada para los investigadores de la vida y obra del novelista, objeto de este primer Congreso.

ENRIQUE MIRALLES GARCÍA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA